



MARÍA ADORA, AMA, SE OFRECE

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada (Lc 2, 1-7).

Pidamos el espíritu de María

La Virgen María, tras la anunciación “está llena de Dios, ¿cómo no iba a elevarse apresuradamente hacia las alturas? **La lentitud en el esfuerzo es extraña a la gracia del Espíritu.** En el momento mismo en que Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre, y ella se llenó del Espíritu Santo”.

La presencia de la Virgen produce una verdadera revolución de amor y de alegría:

“El niño saltó de gozo y la madre fue llena del Espíritu Santo”, pero no fue enriquecida la madre antes que el hijo, sino que, después que fue repleto el hijo, quedó también colmada la madre. Juan salta de gozo y María se alegra en su espíritu. En el momento que Juan salta de gozo, Isabel se llena del Espíritu, pero, si observas bien, de María no se dice que fuera llena del Espíritu, sino que se afirma únicamente que se alegró en su espíritu (pues en ella actuaba ya el Espíritu de una manera incomprensible); en efecto: Isabel fue llena del Espíritu después de concebir; María, en cambio, lo fue ya antes de concebir porque de ella se dice: ¡Dichosa tú que has creído!

Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor; que en todos esté el espíritu de María para alegrarse en Dios. Porque si corporalmente no hay más que una madre de Cristo, en cambio, por la fe, Cristo es el fruto de todos; pues toda alma recibe la Palabra de Dios, a condición de que, sin mancha y preservada de los vicios, guarde la castidad con una pureza intachable.

Toda alma, pues, que llega a tal estado proclama la grandeza del Señor, igual que el alma de María la ha proclamado, y su espíritu se ha alegrado en Dios Salvador” (San Ambrosio).



PIDAMOS AL SEÑOR QUE NOS DÉ UNA MIRADA CONTEMPLATIVA

Debemos intentar ver las cosas como las ve Dios, con ojos de fe, no con ojos humanos. Según esto podemos contemplar cómo detrás de la ambición del emperador están los designios misteriosos de Dios. Con la fe, hasta lo más adverso y duro puede servir a los planes de Dios.

Dios se sirve de este censo para entrar en la historia humana, en un tiempo y lugar determinado. Lo que empieza siendo un acontecimiento humano termina siendo un acontecimiento divino. **Dios puede convertir cualquier historia humana en historia salvífica.**

Nosotros tenemos que tener esta confianza, esta esperanza, que se fundamenta en una certeza de fe: *¿Quién nos podrá separar del amor de Dios? (Rm 8, 31-35).*

Contemplemos la escena: José y la Virgen peregrinando a Belén en la caravana. José buscaría una cabalgadura para que la Virgen pudiese ir un poco más cómoda. El camino serpentea desde las colinas de Nazaret buscando la llanura amplia y dilatada de Esdrelón. Entonces era mucho más abrupto y descuidado que ahora. Al principio algo montañoso y pedregoso. Luego avanza por amplio llano y vuelve a remontar llegando al macizo de las montañas de Judea, donde se encuentra Jerusalén.

Las dificultades del viaje eran evidentes: inclemencias del tiempo, la Virgen de casi 9 meses, montados en un asnillo, preparar la comida para esos días, tuvieron que dejar en Nazaret las pocas comodidades... Aunque pobremente, Ella tendría preparadas en la casita de Nazaret algunas pequeñas cosas necesarias para el nacimiento. De repente se tronchan planes, ilusiones... **Es necesario sacrificar la manera de pensar, la manera de ver las cosas.** ¿No tenía Dios mejores medios para llevarla a Belén y más seguros para el Niño? ¡Fiat!

Muchos irían protestando, quejándose, quizá con insultos, agresividad y mal humor.

Ellos, en cambio, irían metidos en Dios: sonrisa de cielo, conformidad con las disposiciones divinas, abrazo íntimo y gozoso de los planes de Dios. A todo lo que Él quiere responderé con un **HÁGASE. La Virgen es total sometimiento a las disposiciones divinas.**

La Virgen, como está llena de Amor, no le cuesta ningún sacrificio ponerse en marcha, dejando la pequeña y limpia casita de Nazaret.

No les faltarían a ellos, pobres aldeanos, los desprecios de los potentados que iban en carrozas. Pero María no se altera. Dios proveerá, susurra en su corazón. *"El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?"*

Nada de lo exterior le afecta. **Le basta Dios,** al que lleva en sus entrañas. *«Jesucristo sólo te basta»,* dice San Agustín, **«y sin Él no te basta nada. Él sólo te basta para hacerte feliz».** Pero si Él te falta, tengas lo que tengas no serás feliz.

María va como endiosada. En un momento vería de lejos el templo de Jerusalén, pero **Ella era el verdadero templo:** la morada de Dios entre los hombres. Camina como una más, pero en su Corazón no hay amargura. Al contrario, hace, consigue que en el camino de los hombres vaya Jesús también.

Avanza serena, como fuera del mundo. Mira el paisaje, contempla el cielo, y se va empapando de tanta belleza creada. Cuando se lleva a Dios dentro del alma todo habla de amor: *«mi Amado, las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos y el silbo de los aires amorosos»* (San Juan de la Cruz).

Se cuenta que un día San Bernardo salió con sus hermanos al campo, y al regresar le preguntaron si no había visto un lago precioso. Ante la extrañeza de todos dijo que no. Y es que el Santo tenía un lago de amor dentro del alma y había estado todo el día a solas con Dios. En ese escenario maravilloso de las montañas había estado, extasiado, amando a Dios. ¡Con cuanta más razón la Virgen! Ella nos enseña el difícil equilibrio de **estar en el mundo sin ser de él**. Nos enseña a recorrer el camino de la vida, relativizando todo lo que vemos, hacemos o sufrimos... porque, si dejamos por la gracia que Dios viva en el alma, llevamos dentro un Tesoro.

San José es el primer contagiado por la Madre. **José es Silencio, fidelidad, fortaleza, humildad, obediencia en pura fe**. Era justo: entraba en la lista de los grandes hombres de Dios que habían hecho posible la revelación de Dios: historia de la apertura a Dios sin condiciones. Es el gran testigo y contemplativo del misterio inefable de la maternidad virginal divina de María su Esposa. Esta maternidad es el Signo que Dios nos quiso dar de su presencia:

En aquellos días, el Señor habló a Acáz: «Pide una señal al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo»

Respondió Acáz: «No la pido, no quiero tentar al Señor». Entonces dijo Dios: «Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"» (Is 7,10-14)

En la historia sagrada todo tiene un sentido salvífico maravilloso. "Dios opera en y por las causas secundarias". "Todo concurre para bien de sus elegidos" (Rom8, 28).

Dice el P. Morales que Dios prepara a María y José para el Nacimiento con el Abandono, la obediencia y el sufrimiento¹

¹Estos son los caminos eternos de Dios para provocar el encuentro con las almas, para que puedan estrechar contra sus brazos a Dios que nace temporalmente en Belén, eternamente en el cielo.

- Primero **abandono**. Sabía perfectamente la Virgen que Jesús tenía que nacer en Belén pero Ella permanece en Nazaret serena, no se inquieta. ¿Cuándo llegará el momento de partir? se podría preguntar, porque iban pasando los meses y ya era el noveno. Eran unos ciento veinte kilómetros a recorrer y no tenían ningún vehículo... **Llena de amor vive el momento presente no se inquieta por nada porque está totalmente abandonada en la Providencia del Padre de los cielos**. Dios prepara su alma, antes de las grandes gracias y comunicaciones divina.
- Segundo **obediencia**. La orden llega de repente y de un emperador pagano, haciendo un censo de las riquezas del Imperio ¡Qué caminos los de Dios! Pero la Virgen ve en la orden la voluntad del Padre de los cielos, y ni de lejos se le ocurre murmurar. Obedece, aunque las circunstancias sean difícilísimas. Se deja llevar, se abandona totalmente...
- Y por fin, los prepara **haciéndoles sufrir**. Porque José y María van a sufrir y mucho. No hay más que pensar en el camino largo y penoso. Solos y como abandonados, sin ayudas ni comodidades. Se les cierran puertas y son rechazados... El Padre de los cielos les hace sufrir y les impulsa a buscar lo opuesto de lo que busca el mundo, es decir, la pobreza y la humildad, frente a las riquezas, confort, comodidades... Verdaderamente **los caminos de Dios no son vuestros caminos**. Así como distan el cielo y la tierra, así se separan vuestros planes de los míos (Is 55,8). Pisotearé la sabiduría de los sabios (I Cor 1,19), porque la sabiduría del mundo es locura para Dios (I Cor 3, 19).

Llegan a Belén y de nuevo el desprecio. Un nuevo sufrimiento, mejor dicho, un nuevo amor, porque **cuando el sufrimiento se ofrece, enseguida desaparece el dolor y se convierte en amor**. En vez de rebelarnos contra el sufrimiento protestando con soberbia, debemos aprender a aceptar, a ser humildes, porque **el dolor aceptado se transforma en gozo**, un gozo íntimo y profundo que embriaga.

En cuanto tú adoras a Dios aceptando (Él sabe mejor lo que nos conviene), no te indignas ante las contrariedades y pruebas. Eso le pasa a José, contagiado por la Virgen. Ante la negativa en el mesón, dice con María: *¡hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!* María juntaría sus manos, inclinaría su cabeza: *aquí la esclava del Señor*, yo no tengo voluntad propia...

El verdadero cristiano es el que hace la voluntad del Padre, renunciando a la propia. *No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt 7,21).

Siguiendo el impulso del Espíritu Santo, María y José se dirigirían a las afueras de Belén. El terreno de aquella zona es calcáreo y la erosión de vientos y lluvias ha ido abriendo oquedades en las rocas. Van a entrar en una de ellas, que servía de cobijo para animales.

Es una escena para contemplarla despacio. José le diría a la Virgen antes de entrar: «mira espérate un poquito que yo voy a limpiar esto, antes de que pases». La Virgen espera, y al rato recogiendo un poco sus vestidos, pasa como puede... ¡En ese lugar va a nacer Dios! Abracemos la verdad desnuda e impresionante del Evangelio. Es el amor de un Dios que se hace Niño para mí.

Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos (Mt 18,3). Y podríamos añadir: si no os hacéis como niños no comprenderéis nada del nacimiento virginal de Dios. Porque todo esto es como el mundo al revés, una locura divina.

En Fontainebleau, a sesenta kilómetros de París, se puede ver la cuna de nácar y oro del rey de Roma, el hijo de Napoleón I. Pues Jesucristo no tuvo una cuna de nácar y oro, ¡nació en un establo! **La única vez que nace Dios en el mundo y elige un establo. Exinanivit.** ¡Se anonadó!

Nacimiento Virginal: María adora, ama, se ofrece

María está en la gruta totalmente extasiada, mirando al Padre de los cielos. De repente recoge su mirada y ve que entre sus brazos maternos ha florecido una Vida, ha nacido una Flor ¡Jesús Niño! Sus ojos se llenan de lágrimas. **Ama, adora, se ofrece...** Alegría inefable e incontenible.

Comprende ahora que han sido necesarios todos los sacrificios y renunciaciones. Comprende con san Juan de la Cruz que *«para venir a poseerlo todo» no hay que querer «poseer algo en nada»*. Y *«para venir del todo al todo, has de dejarte del todo en todo»*.

Acercarte con confianza a la Virgen. Pídele que te entregue el Niño, que lo ponga en tus brazos pecadores pues ¡ha nacido para ti! Tómallo y estréchalo contra tu corazón.

Y dile a la Virgen: —«Santa Madre del Verbo Encarnado, dame a Jesús. Quiero tenerlo en mis brazos, cerquita de mi corazón, para ser curado de mis enfermedades. Quiero adorarlo, amarlo y ofrecerme a Él como tú en Belén. Sé que quiere tener necesidad de mi vida, de mi corazón y mis sentimientos para prolongar en mí hoy su encarnación. Madre TE QUIERO, ME OFREZCO, AYÚDAME. Aquí el esclavo del Señor, hágase en mí según tu Palabra».